

Y del oprobio y del baldón la exime
Siempre que Dios un corazón le dé.

HERNÁN.

Basta, basta, Gonzalo. ¡Tus verdugos
Pueden llegar... De la naciente aurora
La tibia luz los horizontes dora...
De la selva apresúrate á salir.
Sólo una senda hay libre... Tu caballo
Está del monte en la vecina orilla...
¡Qué! ¿lloras?... No... no enjugues la mejilla,
Que no es vergüenza en el varón sentir.

Deja correr la lágrima bendita,
Palabra melancólica del alma :
Corriendo el lloro, el corazón se calma ;
El lloro apaga el fuego del dolor...
¡Presto! ¡á caballo! ¡parte! Ésa es la senda.
Toma á la izquierda, atravesando el río...
¡Librete Dios del opresor impio!
¡Sea contigo el brazo del Señor!

Volví dulce la tranquila hora
En que la lluvia, el viento, el trueno, callan,
Y brillan las estrellas, y no hallan
Nube que eclipse su argentada faz.
Ya la luna hacia el fin de su carrera
Iba lenta bajando al horizonte,
Y vertía en la cúspide del monte
Un rayo melancólico de paz.

Hernán, en tanto, desde el alto pico
De un calvo risco, sirve de atalaya :
Ve al proscrito bajar, cruzar la playa,
Y vadear el torrente bramador ;
Y — ¡adiós! — dice, agitando el blanco manto,
Dos y tres veces, desde la alta cresta ;
Y una, dos, y tres veces le contesta
El proscrito infeliz : — ¡Adiós! ¡Adiós!

CUADRO DUODÉCIMO

ESPADA Á ESPADA

Aplazado el combate, Álvaro piensa
En don Pedro tan sólo : el buen anciano
Está tendido en la mitad del llano
Bajo su tosco manto militar ;
Su espada al lado, sobre el seno el brazo,
Las recias piernas juntas y tendidas ;
Á no verse en su pecho las heridas,
Pareciera don Pedro descansar.

Flotan del casco en profusión espesa
Los rizos de su cándido cabello,
Y al uno y otro lado de su cuello
Se agrupan como lirios á su sien :
Velados por los párpados sus ojos
En su entreceja pálida y extinta

Su postrer lucha con la muerte pinta
Cierta gesto de orgullo y de desdén.

Llora á su lado un niño, cuyos ojos
Azules contarán catorce abriles;
En sus tiernas facciones infantiles
Parecen las del viejo revivir;
¡Tan semejantes son! ¡Alvar se llega,
Ante el cadáver póstrase de hinojos,
Y, al besarle la diestra, de sus ojos
Vese una enorme lágrima salir.

Luego se aparta á recorrer el campo
Cuando llega la noche, y sepultura
Da á don Pedro; en silencio á la amargura
De la venganza entrega el corazón.
Y en su corcel de guerra cabalgando
Sale á dar nuevo pábulo á su duelo,
Buscando él mismo en el sangriento suelo
Quiénes los muertos enemigos son.

Por cinco caballeros escoltado
De la alta luna á la dudosa lumbre,
Busca alivio á su inmensa pesadumbre
Entre los muertos, con deleite atroz.
En puntos varios sus oídos hieren
La queja ronca, el grito gemebundo,
Y deléitale el ¡ay! del moribundo
Y del herido la doliente voz.

En medio de ese fúnebre concierto,
Á mirar los cadáveres se inclina,

Y sus rostros é insignias examina
Con bárbara y feroz curiosidad.
Al terminar la falda se detiene
Y dice: — ¡Adiós, don Pedro! ¡Te he perdido,
Pero al sepulcro que te encierra han ido
Muchos á consolar tu soledad! —

Luego avanza, dejando de su escolta
El importuno, innecesario apoyo,
Y solitario, al borde del arroyo
Siéntase, en una piedra, á meditar.
Asido por la rienda su caballo,
Sobre el izquierdo muslo afirma al codo,
En la mano la frente. De ese modo
Venganzas sueña y burla su pesar.

Estaba así, cuando del lado opuesto
Mover las ramas siente. Un personaje
De la sombría selva entre el follaje
Emboscado descubre; — ¡Alto! ¿Quién va? —
Exclama, ya á caballo, y al oírle
Fulmina el arcabuz entre las ramas,
Y — Va la muerte, pues la muerte llamas —
Una voz hueca le contesta allá.

Mas huyen sin herirle. — ¡Haz alto, espera! —
Dice Alvar, persiguiéndole — ¡cobarde!
¡Vuelve á mirar siquiera, que ya es tarde,
Y á ti el valor te falta, á mi la luz! —
Sigue la escolta á Alvar, y él grita siempre:
— ¡No huyas así de una caricia pía;

Ven á probar tu lanza con la mía,
Ó toma tiempo y carga el arcabuz! —

Súbite el fugitivo se detiene,
Y dice : — ¡ Ven á ver si soy cobarde;
Y aunque tienes escolta que te guarde,
Y no hay ninguna que me guarde á mí,
Aquí os espero, á ti y á tus amigos!
Venid uno en pos de otro, ó todos juntos,
Que si en la liza no quedáis difuntos
No será, no, porque te tema á ti.

— Si solo estás á fe de caballero,
No he menester, para vencerte, ayuda;
Retiraré la guardia que me escuda,
Y quedaremos en el campo dos.
— ¡ Venid, todos venid, me basto á todos!
— ¡ Idos! — dijo don Álvaro. Se fueron,
Y ya él y el incógnito tuvieron
Sólo testigo de su duelo á Dios.

Viajeras nubes con su tardo paso
Los rayos de la luna interrumpían,
Y á la dudosa lumbre se veían
Las bruñidas corazas centellar.
Un ágil alazán gobierna el uno;
Leve es su cuerpo, negra su armadura,
Y columpia su elástica figura
Como junco ante el viento, al cabalgar.

Su cuerpo de castillo ostenta el otro,
Y sus brazos atléticos y diestros,

En ejercicios bélicos expertos
Y, en manejar indómito bridón.
Éste revuelve el animal macizo,
Mientras la luna con su luz platea
La roja pluma que en su casco ondea
De leve brisa al soplo juguetón.

Páranse frente á frente, y el de negro
Dicele antes cortés : — ¡ Oh! no te asombre
Que yo me atreva á preguntar tu nombre...
Y Álvaro, — De vencido lo sabrás.
— Siento haber sido tan cortés contigo :
Si me protege Dios, en breve espero
Saber tu nombre, ¡ oh fuerte caballero!
Y no vencido... vencedor quizá.

— Un temor excusable... ¡ Basta, basta!
Cuando yo quiero plática y placeres,
Gracioso busco, y necios, y mujeres,
Que me diviertan, enemigos no.
— Silencio, pues, y guárdate — replica
Con lanza en ristre el caballero airado,
Y alzó la rienda, y el caballo hincado
Fué con furor, y con furor partió.

Álvaro, en tanto, que su lanza había
Abandonado con segundo intento,
Haciendo un repentino movimiento
Evitó el choque y le dejó pasar.
Rózase el asta de la luenga lanza
Apenas con su cuerpo. Á corto trecho

Paró aquél su caballo con despecho
 Cuando del otro se sintió burlar.

— No tengo lanza — dijole el tirano —
 Vuelve á enristrar, y vente, que te espero.
 — Pienso — repuso el otro caballero —
 Que á probar lanzas me retaste á mí.
 ¿Cuál es tu arma? — La espada. No acostumbro
 Hacer de mi caballo una armería...
 — Tu lengua ofende más que tu osadía...
 Puesto que espada quieres, ¡hela aquí! —

Y, así diciendo, con desdén arroja
 Lejos la luenga y ponderosa lanza,
 Con tal destreza y varonil pujanza
 Que el aura surca de fulgente luz.
 — ¡Hola! — observa don Álvaro; — parece
 Que sí eres digno de lidiar conmigo :
 Algo mejor maneja mi enemigo
 La lanza y el bridón que el arcabuz. —

Y á la par desnudando los aceros
 Con mano firme lentos se acercaron,
 Y con gracia y donaire saludaron,
 Como lo exige del honor la ley.
 Cada cual al principio con sosiego
 La defensa, el ataque, al arte ajusta,
 Cual dos mancebos que á amigable justa
 Llama y observa su señor y rey.

Ambos se buscan y se evitan ambos
 Con la aguzada punta y dura hoja;

Ora se aparta diestro, ora se arroja
 Éste, y el otro prevenido está.
 Ya los golpes mentidos son, ya ciertos;
 Ya por los pomos quédanse trabadas
 En ángulos salientes la espadas.
 Y el puño duro con el puño da.

Todo es arte y destreza, — que el despecho
 No ha venido á animarlos todavía;
 Ni con rencor el corazón latía,
 Ni abrigaba venganza el corazón.
 Sonrien los hidalgos combatientes,
 Y se aman casi, porque ya se admiran;
 Si á la victoria y á la vida aspiran,
 No es odio, no es temor, es diversión.

Después de largo batallar se quedan
 En solemne reposo, deseado
 En silencio por ambos. Apoyado
 Cada cual del bridón en la cerviz,
 Los dos descansan como sobre pomo,
 Y con noble descuido se reclinan,
 Ó en los estribos sin temor se empinan
 Pidiendo al aura aspiración feliz.

Á una señal simpática, tornaron
 Ambos á prepararse : no se oía
 Sino el rudo frotar con que corría
 De cabo á punta el fierro matador.
 Uno y otro pretende que su espada
 Obtenga la ventaja en la salida,

Tiene el aliento, y atisbando cuida
De no perder la palma del honor.

Mas siente Alvar su acero aprisionado
En el arriaz de la contraria espada,
Donde la punta aguda está trabada
Con arte en la enredada guarnición
— ¡Necio! ¡Tú desarmarme! — airado exclama,
Y el brazo fuerte con desdén retira.
De punta el otro, al descubrirle, tira,
Asesta al rostro, y hiere al campeón.

Salta rota en pedazos la visera,
La sangre tibia de la herida frente,
Atórméntale el párpado doliente,
Y casi ciego lidia el infeliz.
Mas no se guarda ya, que la vergüenza
Le pide sangre, y el sediento acero,
Y marcar logra al ágil caballero
Con repetida y honda cicatriz.

Heridos ambos con furor se atacan,
Sus aceros se chocan y golpean,
Y en loca actividad relampaguean,
Bajan, suben, rechinan sin compás.
Ya estocadas violentas, ya fendientes,
Se dan; van, vienen, vuelven y rebotan,
Ó en remolinos anulares rotan
Relampagueando en convulsión tenaz.

Es la lid espantosa: ya la sangre
Del esbelto adalid el peto empaña;

Y se acercan, se juntan, y en su saña
Golpes sin arte y sin piedad se dan.
Con los brazos tendidos, los corceles
Se olvidan de regir, y en su despecho
Se abrazan, y luchando pecho á pecho
Á la merced de los bridones van.

Los animales lasos se aproximan,
Del natural instinto gobernados,
Y dándose los húmedos costados
Tienden los cuellos afirmando el pie;
Y hacen del lomo generoso un campo
Donde el rencor por el rencor se encienda,
Mientras la inútil, la flotante rienda
Entre sus crines ondular se ve.

Cuatro veces Alvar á su enemigo
Creyó tener seguro entre su abrazo,
Y cuatro veces del estrecho lazo
Soltóse con destreza y rapidez.
Y siempre que él con ansia le aferraba,
Del nudo fuerte estotro se escurría,
Cual de la mano que apretarle ansía
Se escapa en agua resbalando el pez.

Saltan los petos de ambos, y se erizan
De agudos y punzantes gavilanes,
Que de la recia lucha en los afanes
Hieren al uno y otro campeón.
Pero ellos no lo sienten; están sordos
Sus cuerpos al dolor, y su existencia

Cobra nuevo vigor en la violencia
De una insana y febril exaltación.

De Álvaro en tanto la melena espesa,
De negra sangre y de sudor cuajada,
Á la rota visera está enredada
Y adherida á las llagas de su sien;
Y los pedazos de metal pendientes
Sobre sus ojos húmedos golpean,
Y les impiden que al contrario vean,
Mientras colgando por su frente estén.

Por el móvil estorbo fatigado
Lanza una maldición : entrambas manos
Lleva iracundo á sus cabellos canos
Y va á arrancarlos con rabioso afán;
Mas pierde el equilibrio — y se despeña
Del caballo don Álvaro rendido,
Que en el arzón con furia sacudido
Cede como la encina al huracán.

Vencido yace : el cuerpo está vencido,
Pero el orgullo no. Si el barro inerte
Sucumbe, el alma, respirando muerte,
Muerte le pide en gracia al vencedor.
— ¿Quién eres? — le pregunta. — Soy cadáver,
Porque vencido estoy. — ¡Por Dios, responde!
Algún misterio tu existencia esconde;
Yo te miro con lástima y dolor.

— Corona tu victoria; da la muerte,
¡No me importunes más!... — ¡Por Dios, contesta!

— No, no contestaré; que esa respuesta
Me degradara; en mi derecho estoy.
— ¡Te lo ruego! Tu sangre derramada
Me inspira horror — Para eso la he vertido...
Pero ¿quién eres tú que me has vencido?
— Yo, Gonzalo de Oyón. — ¡Tu hermano soy!

— ¡Hermano! ¡hermano! ¡Y yo tu seno amigo
He herido!... ¡Yo!... ¡Y también está mi mano
Teñida con la sangre de mi hermano!...
Piedad, ¡oh Dios!... ¡Don Álvaro, perdón!
Si, perdona á tu hermano; da la diestra
En prenda de amistad al delincuente...
¡No, delincuente no! Soy inocente,
Limpio de crimen tengo el corazón...

Pero di, ¿me perdonas? — Nada tengo
Que perdonar. Has hecho justo alarde
De tu valor. Si fueras un cobarde
Me avergonzara de tu raza en ti.
Contra ti no hay venganza : eres el hijo
De mi padre y señor... Dame la mano...
Al fin vencido estoy; pero es mi hermano
El único rival que hay para mí.

Siempre es Oyón el vencedor... ¡No importa!
¡Hieres bien, mi Gonzalo! No creía
Tan robusto ese brazo todavía;
Eres muy joven, pero hieres bien.
Sí; con más años, tu victoria hubieras
Con mi muerte infalible señalado...

Aun no es firme tu pulso... Me has dejado
Con vida y sangre... y con vigor también.

Mis labios arden... Llégate al arroyo
Y dame agua, Gonzalo... Montaremos
Después nuestros caballos, y estaremos
Juntos, del día hasta el primer albor.
Dale agua á mi bridón... ¡Fuerzas me sobran!
Vuelve... quiero saber tu desventura...
Somos en todo hermanos : ¡en bravura,
En desgracia, en destierro, y en dolor! —

Brotan dos gruesas lágrimas los ojos
De Gonzalo, y le bañan la mejilla;
Corre del limpio arroyo hacia la orilla
Y de agua llena el casco, y se la trae.
Y con tierno interés, gota por gota,
La bebida benéfica derrama
En esos labios que la sed inflama
Y que el agua deleita cuando cae.

Busca luego las hierbas generosas
Que cierran, cicatrizan las heridas,
Del bárbaro nativo conocidas,
Y que él ya sabe distinguir también.
Y le venda solícito, y le arrima
Á la sombra de un roble. Fueron lecho
Á su cuerpo las hojas, y en el pecho
Del enemigo reclinó la sien.

Cuando ya el sueño plácido y quiéto
Y el confortante bálsamo del aura

La fiebre aplaca y su vigor restaura,
Salta Álvaro en sus pies diciendo — ¡Adiós!
¡Adiós, Gonzalo! Cuando el sol tres veces
Haya girado en su carrera diaria,
En esta misma vega solitaria
Nos volveremos á encontrar los dos. —

Y como avergonzado, con viveza,
Y casi erguido hacia el bridón avanza,
Y ostentando vigor sobre él se lanza
De un salto, con esfuerzo varonil;
Y parte á escape ; — pero á corto trecho
Suspende del caballo la carrera,
Y vésele pasar por la trinchera,
Lento, á la luz del alto fogaril.

CUADRO DÉCIMOTERCIO

LA DISPUTA

Todo es silencio. La rojiza luna
Á hundirse va en el pálido horizonte
Y columpia su disco sobre el monte
Que yergue ante ella el cuerpo de titán.
Con su frente argentada y su melena
De negras selvas, la empinada cumbre